



XVI Conferencia
La Oración mental
(Continuación)

En la conferencia anterior habíamos hablado de las ventajas de la oración, en esta conferencia vamos a examinar juntas lo que hay que hacer para obtener de la oración, frutos copiosos. Es necesario al comienzo prepararse con fervor a este santo ejercicio.

Hace falta prepararse con anticipación para la práctica habitual de la renuncia y el recogimiento. Es prepararnos con tiempo. Un alma peregrina de ella misma no podrá dedicarse útilmente a la unión íntima con Dios. Un alma disipada estará poco preparada a las comunicaciones divinas.

Hay enseguida una preparación próxima que consiste en ciertos actos que disponen todas las facultades y les da una suerte de aptitud para esta santa y noble ocupación.

Desde la víspera antes de tomar el descanso, la hermana prepara el tema de la meditación. Felices aquéllas que se duermen con pensamientos santos, que al día siguiente deben servirnos para nuestra unión con el buen Dios.

A la mañana siguiente al despertarse, los santos deseos son más poderosos que el sonido de la

campana; disiparán pronto las perezas del sueño y el alma recoge sus fuerzas para adorar a la santísima Trinidad, para saludar e invocar a Jesús, María y José y al santo ángel de la guarda.

Todas vistiendo nuestro santo hábito, lanzamos al cielo algunas fervientes jaculatorias; nos preparamos con diligencia para aparecer delante del Señor.

Con estos pensamientos saludables repasamos dulcemente los pensamientos que en la víspera ocuparon nuestra mente; el alma excitada por las tres potencias nos invita a la reunión con Dios como a un delicado festín.

Habiendo venido al momento de la divina audiencia, entra en la más perfecta disposición, interior y exterior; usted hermana allí, se encuentra libre de todo cuidado extraño, no admitiendo en vuestro espíritu ningún otro pensamiento, exiliando de vuestro corazón toda soledad, poniéndose en la presencia de Dios.

Desde el comienzo adoremos profundamente al Señor delante de quién nos encontramos y mientras sea posible –salvo el caso de enfermedad– pongámonos de rodillas. Este respeto, que está en nuestra voluntad, supone en nuestra inteligencia el conocimiento de la excelencia infinita de Dios y de nuestra nada.

¿Podemos conocer estos dos abismos, sin confundirnos delante de la majestad del Señor, sin hacerle homenaje con todas nuestras facultades como el principio de nuestro ser y como la fuente de todos nuestros bienes?

Enseguida pidamos a Dios que todas nuestras intenciones y todas las acciones de nuestra alma durante este ejercicio, sean puramente dirigidas a su gloria y a la alabanza de su Divina Majestad.

Luego vienen los preludios, que son siempre un número de dos por lo menos. Primero uno hace la composición del lugar. Es decir que representa en su imaginación los objetos materiales que han concurrido para el misterio que se medita.

En el segundo prelude, uno pide la gracia de recoger los frutos del misterio o de la virtud sobre la cual uno esta a meditando.

Después de estos preliminares entramos en el cuerpo de la oración y se aplica los frutos de la meditación: la memoria, el entendimiento y sobre todo la voluntad.

Se ejerce la memoria recordando las palabras del texto que se ha leído. El deber del entendimiento es hacer reflexiones prácticas sobre el sujeto que se

medita. La voluntad viene enseguida produciendo los santos efectos y ejecutando las buenas resoluciones.

Todos los maestros de la vida espiritual dicen que el Espíritu Santo sopla donde Él quiere y no hay límites para su acción.

Las normas que les damos son buenas en si mismas; pero cada alma debe asumirlas después de haberlas aceptado; sin embargo hay además sobre este punto las lecciones y los consejos de la superiora o de un confesor.

San Ignacio termina la meditación con un coloquio. Es el corazón y no las palabras, quien debe hacer todos los gastos de esta última oración. Hace falta entonces dejar hablar al sentimiento.

Es bueno terminar la meditación con una oración vocal, por ejemplo, esto que comienza por estas palabras: “Oh Jesús viviendo en María” o agregar el Sub-tuum¹ para sus buenas resoluciones bajo la protección de la Santa Virgen.

Pongamos todos nuestros cuidados para perfeccionarnos en el santo ejercicio de la oración y recibiremos de esta práctica seria los frutos más abundantes. Así sea.

¹ Sub-tuum: Bajo tu amparo nos acogemosí